



Adrián subía a zancadas las escaleras del bloque de pisos donde vivía. No era habitual en él. Normalmente le contrariaba volver a casa y las escaleras se le hacían muy cuesta arriba. Su padre le tenía prohibido usar el ascensor. Consideraba que un chico de catorce años tenía que hacer ejercicio y no soportaba que se pasara tantas horas con el móvil o el ordenador en una actitud pasiva que a lo largo de la vida le pasaría factura. Adrián no había sido nunca un buen deportista pero, si no se movía más, no era por falta de agilidad, sino por pereza. En cambio, ese día no necesitó los consejos de su padre. Tenía ganas de llegar a casa y en cada rellano daba un saltito, llevado más por el entusiasmo del momento que no como ejercicio físico. La vecina del segundo, justo debajo de su casa, solía asomarse a la puerta cada vez que pasaba alguien por delante. Esta vez no hizo ninguna excepción. La diferencia fue que Adrián le dedicó una

sonrisa, mientras que en ocasiones anteriores sencillamente la ignoraba. La vecina, enfundada día y noche en un batín verde que le hacía parecer aún más gorda, no se tomó la sonrisa del chico como un saludo, sino como una burla. Adrián no se detuvo a aclararle que simplemente estaba contento; su prioridad era llegar a casa antes de que su padre se marchara a trabajar por la tarde. En el instituto hacía jornada intensiva. Por las tardes no tenía que volver, pero a mediodía terminaba tarde. Si se entretenía mucho por el camino, ya no coincidía con su padre a la hora del almuerzo. Pero esta vez quería verle porque deseaba compartir con él una noticia. Cada año se organizaba una excursión de fin de curso con toda la clase. Desde que había comenzado la ESO, esta excursión se relacionaba con el trabajo de investigación que debían elaborar para subir nota. El año anterior habían ido al parque natural del delta del Ebro para hacer un trabajo sobre el ecosistema marino, pero para segundo de la ESO les habían explicado que el viaje iba a ser a París. Adrián nunca había salido de su país. Viajar sin la compañía de sus padres suponía para él un paso hacia la madurez. Por fin podría demostrarle a sus padres que era capaz de manejárselas solo.

Llegó a la tercera planta con la respiración acelerada. No era solo por las escaleras, sino por la impaciencia de tener que dar la noticia. Resoplando, pulsó el timbre de la puerta. Nunca había

entendido por qué vivían en ese bloque, obligados a compartir espacio con personas tan detestables y ajenas a ellos como la vecina del batín verde de abajo. Sus padres se ganaban bien la vida y podrían haber comprado una casa en las afueras de Barcelona o en algún lugar más selecto de la ciudad. Pero su madre siempre se había negado: había crecido en ese piso y sus padres, los abuelos de Adrián, se lo regalaron cuando ellos sí decidieron, al jubilarse, irse a vivir a un lugar más agradable: la segunda residencia que tenían en el Maresme, cerca del mar.

Adrián era hijo único. Se parecía físicamente a su padre, de rostro redondeado, pelo castaño y ojos grandes. De su madre había heredado la capacidad de reflexionarlo todo y analizar cualquier detalle, como si fueran detectives privados. No en vano, a ella no se le pasó por alto que Adrián había llegado del instituto más pronto de lo habitual y dedujo que tramaba algo. No se equivocó. En la cocina, donde sus padres estaban terminando de almorzar mirando la tele, soltó la noticia del viaje al extranjero. Seguidamente, les mostró la hoja de autorización que debían firmar.

—¡Y es de asistencia obligatoria! —recalcó, satisfecho.

No se podían oponer. Era la primera vez que una normativa no le producía rechazo.

Sus padres leyeron la nota. El tutor emplazaba a una reunión a todos los padres y madres para exponerles los detalles de

un viaje que en ningún caso era de placer, sino para aprender. Querían hacer coincidir el viaje con una exposición temporal en el Museo del Louvre de París sobre piezas de arte de la Antigüedad, desde la prehistoria hasta el antiguo Egipto, que José Antonio Canales, un arquitecto español filántropo aún en activo, había coleccionado a lo largo de su vida.

La madre de Adrián levantó la vista de la hoja y miró al televisor.

—¿No es ese el arquitecto? —indicó, señalando la pantalla.

La casualidad hizo que en esos mismos momentos en el noticiario de la televisión estuvieran informando de la inauguración de un complejo deportivo para gente con discapacidad psíquica. José Antonio Canales, como arquitecto responsable de la nueva edificación, había dado una rueda de prensa para los medios de comunicación. Era un personaje mediático que aparecía a menudo por la televisión. De aspecto un poco estrafalario, con unos cabellos canos recogidos en una larga cola, era una persona cercana y en la rueda de prensa se mostró simpático y apasionado por su trabajo. El corte de voz que emitieron en el informativo hacía referencia a los detalles del complejo que él había diseñado. Desvelaba aspectos tan curiosos como la posibilidad de encontrar la salida del recinto girando siempre hacia la izquierda, una técnica heredada de laberintos clásicos.

cos y que, para personas con dificultades de ubicación, podría ser muy útil.

Aquella rueda de prensa la había organizado la madre de Nora, una chica que iba a la misma clase que Adrián. La madre tenía un gabinete de comunicación y acostumbraban a contratarla para que organizara presentaciones públicas. Durante la rueda de prensa permaneció en segundo plano, fuera del foco de las cámaras. Su trabajo era público, pero ella no. Mientras supervisaba la rueda de prensa, seguía permanentemente conectada a las redes sociales. También ofrecía servicios de *community manager* a varias empresas y el móvil se había convertido en una extensión de su propia mano. Incluso cuando no trabajaba no podía dejarlo. Nora criticaba la adicción de su madre. Como si se hubieran intercambiado los roles, era la hija quien reñía a la madre por estar demasiado pegada a las redes; pero la madre siempre se excusaba con que era por motivos laborales. Así fue como, mientras el arquitecto José Antonio Canales desgranaba sus explicaciones sobre el complejo deportivo que estaban a punto de inaugurar, a ella le entró un *e-mail* de la tutora de su hija que la informaba del viaje de fin de curso. Cada vez con más asiduidad, los centros educativos se comunicaban telemáticamente con las familias, si bien aún continuaban repartiendo las indicaciones en papel porque no todo el mundo tenía acceso a

las nuevas tecnologías. Le hizo gracia la coincidencia de que su hija fuera a París a visitar una exposición de la persona que precisamente tenía delante. Al finalizar la rueda de prensa, mientras los periodistas guardaban sus utensilios de grabación, se acercó al arquitecto y le contó que tenía una hija que pronto iría a ver su exposición en el Museo del Louvre de París.

—Si es por la excursión de fin de curso, tal vez ya se haya acabado —advirtió José Antonio Canales, subrayando que se trataba de una exposición temporal.

—En el *e-mail* que nos han enviado pone que tendrá lugar la primera semana de mayo. La programan antes porque tendrán que hacer un trabajo de la visita.

—¿La primera semana de mayo? ¡Pues yo también estaré por aquellas fechas! Seguramente vea a su hija.

La exclamación del arquitecto sonó más a un gesto de educación que a un interés real, ya que el hombre no sabía ni cómo se llamaba ni cómo era físicamente la chica. Y, aunque lo supiera, dentro de un grupo escolar sería muy difícil reconocerla. La madre de Nora se dio cuenta de que el hombre solo pretendía ser cortés, sin ir más allá, y no se esforzó en explicarle cómo era su hija.

Nora era una chica robusta. A diferencia de otras chicas de su edad que todavía parecían muy niñas, ella tenía el cuerpo fi-

brado. No era gorda, sino corpulenta. Iba dos veces por semana a un gimnasio cercano a su casa y destacaba en deportes de contacto, como el fútbol o el baloncesto. En la escuela no querían enfrentarse a ella por temor a ser vencidos. Solía llevar recogida su larga melena morena para facilitarle los movimientos. Su físico le permitía defenderse sola y le proporcionaba una marcada personalidad. Tenía tres hermanos más, todos ellos chicos, pero solo ella tenía preferencia por el deporte.

También su madre tenía una personalidad muy acentuada. Aunque eran las dos únicas mujeres en la familia, discutían constantemente. Cuando la madre llegó a casa por la noche, le contó que había estado hablando con el arquitecto José Antonio Canales. Le había adelantado que su hija viajaría a París para ver una exposición suya, y la chica se enfadó. Le incomodaba que hablara de ella.

—Espero que en París vayas a saludarlo y le digas que eres hija mía.

—No pienso hacerlo —sentenció Nora.

La discusión subió de tono. Nora no quería que controlaran su vida. Su madre consideraba que era un gesto de buena educación ir a hablar con el arquitecto pero, a medida que insistía, Nora se enfadaba cada vez más. Como siempre, acabaron a gritos por algo sin importancia. La chica se encerró en la habitación y

no quiso cenar. Sus hermanos lo celebraron: tendrían más comida para repartir.

El que nunca se peleaba con sus padres era otro chico de la clase llamado Carlos. Sus padres se habían separado cuando él era muy pequeño y desde entonces le agasajaban con todo tipo de caprichos, como si actuar de esta manera supusiera buscar su perdón por no haberle dado un núcleo familiar estable. Carlos estaba encantado con las atenciones que recibía. Su madre lo sobreprotegía y le era benévola en aspectos que en otra situación no le permitiría, como ir con el pelo greñoso o pasarse la mayor parte del día jugando a videojuegos *online*. Su padre iba más allá: en la casa de la urbanización de lujo de Sant Cugat donde se había ido a vivir después de volver a casarse, le había dispuesto una habitación con pantallas gigantes para que disfrutara de su adicción a los videojuegos los fines de semana que le tocaba tenerlo a él. Aun así, Carlos notaba un vacío que ningún regalo ni consentimiento podría cubrir. No sabía explicar qué era lo que le hacía ser muy rebelde. No solo con sus padres, sino con la sociedad en general; un estado de ánimo que se incrementaba a medida que se introducía en la adolescencia. Aceptaba ir cambiando de casa cada quince días, era una práctica habitual desde que tenía uso de razón y, a decir verdad, las dos casas las consideraba suyas. Aceptaba incluso que sus padres hubieran encontrado otras parejas para rehacer sus

vidas. Todo le parecía bien y, sin embargo, era descarado y maleducado con la gente de fuera de la familia. También era muy agresivo cuando jugaba a sus videojuegos y perdía. Había llegado a romper más de una pantalla por lanzar el mando. La casa de su padre estaba bastante aislada y la habitación era suficientemente grande para que nadie lo oyera, pero en el piso que compartía con su madre en Barcelona los vecinos podían oírlo perfectamente. Algunos de ellos se habían quejado a su madre, pero ella seguía mostrándose comprensiva y consideraba que era propio de la edad. Le daba miedo pensar que su divorcio tenía algo que ver y ni siquiera se había atrevido a que su nueva pareja conviviera con ellos para no molestarle; a diferencia del padre, que sí se había vuelto a casar. Precisamente, la nueva pareja de su padre había sido la única en levantar la voz contra la permisividad que le concedían. Carlos odiaba a su nueva madre y no le dirigía la palabra. Para apaciguar su rabia, su padre le había ampliado la sala de juegos.

No era un buen estudiante, nunca lo había sido. Y no era por tener una capacidad limitada para aprender nuevos conceptos, sino porque no le apetecía estudiar. Cuando supo que viajarían a París para ver un museo, lo consideró una pérdida de tiempo. De entrada se negó a ir, pero cuando la profesora insistió en que era de asistencia obligatoria, no le quedó más remedio que aceptar. No había estado nunca en la capital francesa, pero tenía fama de

ser una ciudad encantadora y él estaba dispuesto a descubrirla por su cuenta en lugar de encerrarse en un museo con el resto de compañeros de la escuela.

Todo el carácter que tenía Carlos le faltaba a Laura. Solo se parecían en que ambos eran rubios. Se sentaban juntos en clase, pero no se habían cruzado nunca una palabra. Carlos la llamaba «la autista», porque era tan introvertida que le costaba comunicarse. De madre alemana, había heredado de ella una belleza nórdica de ojos claros y cuerpo estilizado que le otorgaban puntos para convertirse en una belleza con perfil de modelo. Pero arrastraba tantos complejos, incrementados por los *brackets* de los dientes y unas gafas de alta graduación, que era incapaz de considerarse bonita. Era la pequeña de la casa; tenía una hermana mayor con los rasgos físicos latinos de su padre. Precisamente, el padre insistía en recordarle a Laura que algún día sería tan guapa como su madre, pero ella no se lo creía.

Sus padres se habían conocido en la isla de Menorca. Él era comercial de una empresa alimentaria y ella era una turista alemana que había ido a la isla atraída por los cantos de sirena de sus compatriotas. Se casaron y vivieron en Menorca hasta que al padre lo destinaron a Barcelona. De eso hacía un año y Laura aún no había conseguido aclimatarse a una ciudad tan grande. Aunque Barcelona tenía mar, echaba de menos las calas vírgenes

de su isla por las que podía esconderse, lejos del bullicio de la sociedad. Le gustaba oír el rumor de las olas estallando de forma armónica contra las rocas mientras dejaba la mente en blanco y gozaba de la caricia del sol en el rostro. En la ciudad todo iba más deprisa y le costaba adaptarse. Era su primer curso fuera de su tierra y su timidez no contribuía a hacer nuevos amigos. Sentarse junto a un chico tan poco responsable como Carlos tampoco ayudaba a la socialización.

La profesora de Historia era una mujer a punto de jubilarse, de nariz aguileña y una barbilla pronunciada que le otorgaban una fuerte personalidad y un perfil que parecía extraído de un busto romano. Consideró que la mejor forma de evitar el rechazo que Carlos profería a Laura era obligarlos a trabajar juntos. Por eso, cuando llegó el momento de formar los grupos para el trabajo de investigación, decretó que trabajarían en equipo.

—¡Y qué más! —se quejó Carlos en voz alta. Después miró a Laura—. Yo no pienso hacer nada contigo, ya harás el trabajo tú solita.

A pesar de las palabras de desprecio, Laura estuvo contenta sin exteriorizarlo: era la primera vez en todo el curso que Carlos le decía algo.

Los grupos debían ser de cuatro alumnos. La profesora fue citando nombres y configurando los equipos. En el grupo de

Carlos y Laura añadió a Adrián y a Nora. Todos se conocían por compartir clase, pero no tenían una amistad especial más allá de la de coincidir en un mismo curso.

Al terminar la clase, Adrián intentó reunirlos.

—¿Qué os parece si quedamos un día y hablamos de cómo haremos el trabajo?

Carlos fue el primero en autodescartarse. Con su gesto, dejó claro que no pensaba trabajar ni antes ni después, y salió de la clase.

—¿Y tú, Nora? —probó suerte con una de las chicas.

—Lo siento, Adrián. Tengo muchas extraescolares. Ya trabajaremos cuando estemos en París.

Nora también salió de la clase. Adrián desistió. Siempre era complicado trabajar en grupo y, si sus miembros no mostraban interés, aún lo sería más. Terminó de recoger sus libros, se acomodó la mochila en la espalda y se marchó. A Laura le habría gustado que le hubiera preguntado a ella si quería preparar el trabajo...